

peche hasta San Juan de Ulúa pocas menos de ciento; y en todos estos caminos por mar y por tierra, pasó muy grandes trabajos y fuertes persecuciones, como queda visto. Puédese creer piadosamente que el Virey pensó que acertaba en estos negocios, y que le movió buen celo y devocion que tenia á nuestra orden, por la cual entendia que pugnaba desfavoreciendo al prelado general, y impidiéndole la ejecucion de su oficio, y ayudando á fray Pedro de San Sebastian y á sus difinidores y allegados; mas con todo esto, dicen los que algo entienden que, aunque mas queramos escusar al Virey con el mundo, no seremos bastantes á escusarle delante de Dios, que no admite lisonjas ni paliaciones, y sabe lo que en este caso pasó y el camino que los frailes llevaron hasta ganar las voluntades del Virey y de su muger, y aun por cual caminaron él y ella en este negocio; quanto mas que no es cosa nueva errar el hombre cuando se mete en oficio ageno, y en gobernar, ordenar y regir familias y repúblicas que no están á su cargo. Pero dejemos esto, y volvamos á la isla á ver si se apresta la flota; mas primero será bien decir lo que sucedió en el rio de la Veracruz por este tiempo.

*De una creciente del rio de la Veracruz, y de los daños que hizo, y como concertó el padre Ponce navio en que venir á España.*

Por este tiempo estando el padre Ponce en la isla de San Juan de Ulúa, y los oficiales reales de la Veracruz de camino para el puerto, para despachar la flota, llovió tanto en la sierra, que hizo crecer y salir de madre el rio con tanto exceso y tan extraordinariamente, que se entró por las casas de la cibdad, y arrebató con su ímpetu y furia veinte carros, cargados algunos dellos de pipas de vino, que llevaban á México, y llevándolos hácia la mar los deshizo y destruyó, de suerte que carros y vino todo se perdió sin poderse remediar; cogió asimismo todos los barcos y chalupas que habia en el rio de la Veracruz, en la boca que sale á la mar, y dando con ellos en tierra los hizo pedazos . . . . . contra los arracifes de la isla donde tambien se perdió. Este desma . . . . . fué causa de que la flota se detuviese algunos dias mas, porque la plata del rey y aun la de particulares, con muchas mercaderías y matalotage, se estaba detenida en la Veracruz, con mucha gente de la que habia de venir en la flota, especial los maestros, pilotos y capitanes y aun el mesmo General, y así fué menester que todos aguardasen á que el rio menguase, y se amansase algun tanto su furia, y entónces en canoas pasaron la plata y lo demás que quedaba, y luego algunos carros, con los cuales, y con otros algunos y al-

gunas harrias que estaban de la otra banda, lo despacharon al puerto, en el cual, con lo mucho que tambien habia llovido, se perdió gran cantidad de cueros de los que habian de venir en la flota, que esto es lo que principalmente traia, con mucha grana que llaman cochinilla, y alguna seda y loza de la China, y gran suma de plata así del Rey como de particulares

Por este tiempo aun no sabia el padre Ponce en que navío se habia de embarcar, que aun no le habia concertado, por no acudir los maestros y dueños de las naos á la isla, por causa de la avenida sobredicha del rio, y habiendo despues comenzado á concertar un navío llamado Santa Catalina, en que él habia ido á la Nueva España, no tuvo efecto porque le pedian flete excesivo, y fué misericordia de Dios no concertarse en él, porque despues se perdió, con otros, cuando desembocó la canal. Concertó finalmente otro llamado Santa Inés, que era el en que habia ido el padre Comisario que quedaba en la Nueva España, el cual le procuró y hizo enviar con que se pagó el flete para sí y para sus dos compañeros, llevando en él la cámara de popa, con tres camalechos y un corredorcito, y una despensilla para el matatage; el cual era moderado y se lo habian dado entre cuatro ó cinco personas devotas, y fué Dios servido que hubo para todos tres y para dar á los necesitados y á otras personas del navío, y aun para dejar en el primer convento de España donde desembarcamos.

*De como salió la flota del puerto de San Juan de Ulúa, y llegó al de la Habana.*

Estando la flota aprestada de vergas en alto, para hacerse á la vela, mandó el General, Domingo en la tarde once de Junio, disparar una pieza de artillería, para que todos se embarcasen, con intento de salir otro dia del puerto. Embarcóse la gente, pero faltó tiempo el lunes y así no pudo salir la flota, con que algunos que no estaban despachados se holgaron mucho, pero á los mas daba pena ver que no saliese, así por las calmas y malos vientos que suele haber desde allí hasta la Habana, cuando sale tarde, como por los recios temporales que asimesmo suelen reinar en las costas de España, en comenzando á entrar el invierno.

Martes por la mañana, trece de Junio, dia de San Antonio de Pádua, disparó la capitana otra pieza, para que todos se recogiesen á sus naos, porque aunque á algunos les parecia que no habia viento para salir, y otros no quisieran salir en martes, diciendo ser dia aciago, al General pareció lo contrario, y no curando de agüeros ni abusiones, mandó que saliese la flota. Hizose así, y comenzaron á largar las velas como á las nueve de la mañana, y aquel dia se hizo á la vela y salió del puerto toda la flota, en la cual venian veintinueve velas; las veintisiete para España, y una para Puerto Rico, y otra para la Habana; dos destas venian de armada, que eran capitana y almiranta, para defensa de las demás. Salió

pues la flota con un ventecito favorable, aunque flojo, y caminó con tanta bonanza de mar la vuelta del Norte, tan poco á poco y con tanta quietud y sosiego, que afirmaban todos no haber jamás visto en ningun otro viage la mar tan quieta y sosegada como entónces. Venian entre las demás algunas naos zorreras, á las cuales fué menester venir aguardando, y por esto se detenía la flota y no caminaba tanto, dos destas comenzaron á hacer tanta agua, que se pusieron de mar en través y amainaron todas las velas, y tuvieron necesidad de que la capitana y almiranta las socorriesen, dando orden de aguardar toda la flota, hasta que con buzos y otras diligencias les tomaron el agua y las remediaron, y así pudieron seguir á las demás. Con este tan quieto y apacible tiempo, caminó toda la flota por espacio de veinticinco dias, yendo todas las naos como si fueran á bodas ó á alguna fiesta, pescando muchas maneras de peces, especial unos que llaman dorados, que son grandes, de arroba y de arroba y media y aun de dos arrobas y mayores, muy hermosos y de muy buen gusto y sabor. Estos los pescan con fisgas cuando acuden sobre aguados, y habia algunos tan diestros en fisgar, que desde lo alto de la camareta de popa los clavaban y subian arriba; tambien los cogian con anzuelos, cebándolos con alguna carnaza puesta en ellos, y dando saltillos, con que los engañaban y hacían creer que fuesen pescadillos que iban huyendo dellos, y así se abalanzaban al cebo y le cogian en el aire, y quedaban presos en el anzuelo que estaba encubierto. Al cabo pues deste tiempo llegó toda la flota á ponerse en altura de veinticinco grados, y aun mas, que era la que habian menester para virar para la Habana, y poco despues se desa-

parecieron dos naos, apartándose de las otras, una de las cuales era en la que venian los seis frailes que enviaba el padre Comisario á España, pero despues tomaron el puerto.

Sábado ocho de Julio proveyó Dios de un viento vendabal, tan recio y largo, que pudo con él atravesar toda la flota casi todas las corrientes que van á dar á la canal de Bahama, y el domingo de mañana nueve del mismo, aunque estaba muy nublado, descubrieron la tierra de la Habana, y con mucho contento fueron prosiguiendo su viage para poder reconocer qué parte fuese de la isla la que habian descubierto; pero á esta sazón y coyuntura sopló viento contrario, por lo cual, y porque llegaba ya la noche, dejó la capitana de proseguir aquel rumbo y se volvió á la mar, y tras ella las demás, y caminaron tanto toda aquella noche con aquel viento, que refrescó mucho, y con las grandes corrientes, que cuando amaneció el lunes, diez de Julio, ni se parecia la tierra ni estaba ya nao con nao, sino cada una por su parte, aunque las mas procuraban seguir á la capitana, que iba de una vuelta y de otra; pero nuestra nao Santa Inés, en que venia el padre Ponce, ó porque no le dió lugar el tiempo, ó por descuido de los que la regian, no la pudo seguir ni aun juntarse con las otras, y así cuando llegó el martes once se halló sola, aunque aquel dia y el siguiente pudo ver de muy lejos otras dos, mas no le fué posible juntarse con ellas, por lo cual los que en ella veníamos, quedamos muy desconsolados y afligidos, mayormente porque todos aquellos tres dias hubo calma ó viento contrario, y cuando ventaba á propósito, era muy flojo, y luego escaseaba y aun cesaba, y así nos llevaban las corrientes á mas andar á la canal Bahama: y

temiendo desembocar ántes de tomar el puerto crecía la aflicion y desconsuelo, porque hacía ya la nave alguna agua, y de dos bombas que traíamos se había quebrado la una, y no servía de podrida, y aun se comenzaba ya á sentir falta y necesidad de agua beber, porque creyendo que se tomara presto el puerto, no había habido orden ni concierto en gastarla, y si entónces desembocábamos no podíamos tomar refresco hasta la isla de la Tercera, si no fuese que con algun temporal diésemos en la costa de la Florida, donde tambien había peligro y no pequeño.

El mismo martes en la tarde, poco antes que el sol se pusiese, descubrieron los de nuestra nao por la parte de popa, á la banda del Nordeste, cuatro isletas, y diciéndole al piloto su forma y situacion creyó ser las Tortugas, que son unos vagíos que van las flotas, y aun todos los que navegan aquella carrera, á reconocer, porque halladas estas es muy fácil la navegacion de allí á la Habana, que dista dellas no mas de treinta y cinco leguas, y cuando no las reconocen sino que quieren atravesar sin tocar en ellas se suelen tardar mucho en el viage, y se padece mucho trabajo y . . . . por reinar allí muchas calmas, y sin querer ni sentirse los llevan las corrientes á la canal de Bahama donde desembocan; creyendo pues el piloto que aquellas fuesen las Tortugas, hizo viage hácia donde entendía estar la Habana, aunque no muy contento por hallarse en tan mal parage: aquel dia se echó llave al agua y se comenzó á dar tan solo media azumbre á cada persona para todo el dia, con que algunos se comenzaron á inquietar. Miércoles en la tarde, poco ántes que el sol se pusiese, descubrimos por popa unos cayos ó isletas, con que se consoló la gen-

te, pareciéndoles ser tierra de la Habana, y creyendo el piloto que eran ciertos cayos que están junto al cabo de San Anton, cincuenta leguas abajo de la Habana, viró luego con ánimo de dar vuelta para la mesma Habana, pero, porque calmó el viento y las corrientes eran muy recias, tornamos cuando amaneció el jueves trece de Julio á ver las islillas que pensaban ser las Tortugas, y aunque parecia cosa dificultosa de creer, que en pocas de una noche hubiese atravesado la nao desde junto al cabo de San Anton hasta las Tortugas, con tan poco viento, con todo esto lo afirmaba el piloto, echando la culpa á las corrientes, diciendo que ellas habían llevado el navío. Asentado pues esto en su imaginacion, viró á la banda de lesueste, y, yendo así, á la tarde temprano tornaron los de la nao á descubrir desde encima de la vela de gavia, los mesmos cayos que la tarde ántes, por la banda del Poniente, y habiéndolos visto el mesmo piloto y marcado, se certificó en que no eran los que había imaginado, sino otros que están junto á la costa de la Habana, arriba de un puerto que llaman Matanzas, en la canal vieja, por la cual se solía navegar para España y por no ser buena se há dejado, y entendió que todos aquellos dias habíamos estado metidos en ella, y que misericordiosamente nos había sacado Dios de aquel peligro, y decía que si hubiéramos entrado en la canal nueva, hubiéramos ya desembocado por correr mas en ella las aguas; luego mandó virar para el Poniente, y con buen tiempo que el Señor nos envió, fuimos aquella noche montando aquellos cayos, y cuando amaneció viernes catorce de Julio, dia de San Buenaventura, descubrimos la tierra de la Habana, y se conocieron las sierras de Matanzas, y prosiguiendo nuestro viage,

prolongando la costa, nos acudió á medio dia la virazon que fué viento Nordeste, con que caminamos mucho con gran contento de todos, viendo que nos acercábamos á la tierra y al puerto que deseábamos. A la tarde alojó el viento, y así caminamos muy poco aquella noche, aunque á la media de ella acudió un terral, con que poco á poco fuimos costeano tierra á tierra el sábado quince hasta medio dia. Entónces volvió la virazon como la tarde antes, con la cual tomamos el puerto de la Habana, á las tres de la tarde, y apenas habiamos entrado en él, cuando calmó el viento y vino un aguacero, que á cogernos fuera no nos le dejara tomar, á lo menos aquella noche. Hallamos surta en el puerto la flota, que, aunque á pedazos, unas naos á once, y otras á doce y otras á trece del mesmo mes, todas le habian tomado, escepto dos que faltaban; una de las cuales le tomó el domingo siguiente, mas la otra, sin tomarle, desembocó la canal y vino á España con buen tiempo, y libre de tormentas y peligros.

*De como el padre Ponce salió en tierra y se aposentó en nuestro convento de la Habana, y de algunas cosas que allí sucedieron entre los frailes.*

Llegó al puerto de la Habana la nao en que venian los seis frailes de México, ántes que la en que venia el padre Ponce, y asimesmo otra en que venia nuevo guardian y muchos moradores para aquel convento, todos los cuales salieron luego á tierra, y llegados al monasterio se aposentaron en él, tomando fray Pedro de San

Sebastian, para si y para cuatro de sus compañeros, la mejor celda en que suelen estar los prelados, no acordándose ó no haciendo caso del padre Ponce; el cual, luego que su nao Santa Inés dió fondo y se puso en su puesto, á instancia del guardian viejo de aquel convento y de otro religioso, desembarcó aquella tarde, y por no desasosegar aquella noche á los frailes, que eran muchos, porque llegaban á diez y nueve los que ya estaban allá, y solo habia tres celdas y dos chocillas, no le llevaron al convento, sino á casa de . . . . el cual dió de cenar y camas en que dormir á él y á uno de sus secretarios (porque el otro se quedó en el navío), haciéndoles mucha caridad con gran devocion y amor extraño. Luego el domingo por la mañana fué á San Francisco y habló largamente á los seis frailes sobredichos, y ellos á él con mas gracia y llaneza exterior que otras veces. Dijo misa y comieron todos juntos, y quedó concertado que posase allí con ellos, como lo hizo hasta los dos de Septiembre que se volvió á embarcar, repartiéndose en cada celda cuatro y cinco frailes, sin que fray Pedro de San Sebastian dejase la que habia tomado, ni convidase con ella al padre Ponce, ni aun por ceremonia.

Luego como entró en el convento fray Pedro de San Sebastian se puso en que habia de presidir en él, y presidió un dia ó dos alegando que era Comisario de los frailes que venian á España, y que traia comision para visitar aquel convento; pero siendo advertido que no lo podia hacer, ni por ser tal Comisario, pues el guardian de aquel convento, conforme á los estatutos generales, ha de presidir á todos todo el tiempo que allí están, ni por la comision que traia para visitar el convento, pues solamente habia de visitar al guardian viejo que ya habia acabado con

la venida del nuevo, y á sus súbditos y no al que de nuevo venia y á los suyos, reportóse con esto y dejó de presidir, dejando al guardian que presidiese. Sucedió esto antes que el padre Ponce desembarcase y llegase al convento, y así cuando llegó le dieron su asiento y lugar, que era la mano derecha del guardian, y el fray Pedro de San Sebastian tomó la izquierda, hasta el último dia de Julio, que no hallándose allí el padre Ponce, porque estaba muy enfermo en su celda, volvió á proseguir su intento y tornó á presidir en la comunidad, con grande nota y murmuracion de todos que echaban bien de ver su vanidad y ambicion, y decian que no se hallaba un punto sin mandar; pero ni el guardian se puso á defender su jurisdiccion, por darle contento por ser uno de los que de secreto le habian seguido en su rebelion, ni ningun otro fraile le hizo resistencia, por no dar nota ni quebrantar la paz, aunque no faltó quien le dijese cuan mal lo hacia; y lo que el fray Pedro de San Sebastian respondia era decir, que ya se habia puesto en aquello y que lo habia de llevar adelante, y así lo hizo hasta los diez de Agosto, que volvió su asiento al guardian y él tomó el suyo, ó por evitar los dichos y escándalos de los frailes, ó porque vió que el padre Ponce no acudia, por estar enfermo, á la comunidad y que así no le podia presidir en ella, que era lo que parecia pretender. Estuvo en la Habana el padre Ponce muy enfermo, y fué Dios servido de que, sin tomar purga ni jarabe, quedó muy bueno y sano, porque obró en él naturaleza lo que pudieran obrar purgas y otras medicinas que le aplicaran muy á propósito. Los seis religiosos sodredichos de México eran los que mandaban el convento, y á quien el guardian procuraba

dar gusto y regalar, como á merecedores de grandes premios y como si no los enviaran á España en son de presos; que no poco se notaba entre los demás y aun hasta los seglares lo mormuraban.

*De lo mucho que se detuvo la flota en la Habana, y qué fué la causa, y como vino la de Santo Domingo, y algunas naos de Honduras, y otras de Tierra firme, y de los pareceres que hubo sobre si saldria la flota ó no.*

Quando llegó la flota de Nueva España á la Habana venia el General muy determinado de partirse luego, dentro de ocho dias, pero halló orden y mandato del Rey para que se estoviese quedo hasta que se le diese nuevo aviso de lo que hubiese de hacer; y el que pocos dias despues se le dió fué que aguardase á Alvaro Flores, un capitan muy experto y afortunado en aquella carrera, el cual habia de venir al mismo puerto con algunos galeones de armada con la plata de Tierra firme, y que llegado este siguiese el orden que le diese. Un dia ó dos despues de la fiesta de (1). . . . .

llegó el Alvaro Flores con mas de veinte naos y dos galizabras, (que son unos barcos pequeños de vela y remos) con que no poco se regocijó la flota. . . . desde la fortaleza, y él á ella desde sus naos. Era cierto muy de ver cuan poblado estaba aquel puerto de navíos, por-

(1) Aquí faltan en el original cinco renglones.

que, además de los sobredichos de Nueva España y Tierra firme, habían entrado al fin de Julio otros veinte de Santo Domingo, y antes que los de Nueva España los de Honduras, que eran siete ú ocho, sin otros muchos de la misma Habana y puertos de aquella isla y de las otras circunvecinas, pues la gente que había en todos ellos, y por el pueblo de la Habana, era infinita, que no podían andar por las calles, todos tan bien aderezados que era contento grandísimo verlos; lo que á todos daba pena notable, era la falta que había de bastimentos y provision, y cuan caro valía todo y con cuanta dificultad se hallaba, lo cual fué causa de que algunos se volviesen de allí á Nueva España, hartos ya de estar y de gastar en aquel puerto, y viendo cuan de espacio se estaba en él la flota.

Tenia Alvaro de Flores orden del Rey que tomase toda la plata de Nueva España y de Tierra firme, así del Rey como de particulares, y la pusiese en las naos que para ello escogiese y la trujese á España, dejándole (según se decía) libertad, para que en el salir ó no aquel año hiciese como mejor viese que convenia, consultados los pilotos, maestros y capitanes de los navíos sobre el caso; y así lo primero que hizo fué repartir toda la plata en ocho naos, que escogió por mas ligeras, fuertes y artilladas, y luego hizo junta de pilotos, capitanes y maestros, y trató con ellos sobre si partiría la flota ó invernaría en aquel puerto, por ser ya tan tarde, y aguardaría al verano siguiente. Hubo sobre ello muchas demandas y respuestas, dares y tomares, peticiones y requirimientos; unos decían que el salir la flota tan tarde era temeridad muy grande, y ponerla á manifiesto riesgo y peligro, porque aunque estuviese la mar por aquel tiem-

po libre y desembarazada de enemigos, el enemigo mayor y mas cruel era la misma mar, que, en aquel tiempo, había de hacer de las suyas y destruir la flota, sorbiéndosela ó dando con ella en la costa de la Florida, donde se perdiese toda, y que así era lo mas seguro estarse quedos, y enviar luego por bastimentos á la Nueva España y por brea á las islas, para dar carena. Este parecer se tuvo por el mas acertado y seguro, pero por ser de pocos (aunque los mas desinteresados y que mas desto entendían) no se tomó ni siguió sino el de los muchos, que fué que saliesen luego, y á lo mas tarde en cuanto pasase la conjunción de Septiembre; alegando que aun no era entrado el invierno y que Dios, como Señor de los vientos y mar, les daría buenos tiempos, y que en invierno los suele hacer buenos y prósperos, y en verano acontece ser contrarios y malos. Y aunque decían esto, todavía muchos dellos se recelaban del tiempo, pero por sus intereses dieron este parecer, temiendo que si invernanaban allí se comerían de broma los navíos, y que se perdería la mercadería que en ellos traían, demás que la gente les gastaba mucho, y les gastaría mucho mas en la comida, porque la que habían traído de Nueva España se les iba acabando, y la que tomaban de la Habana era carísima y no se hallaba: y así, por ahorrar y no gastar, dieron el parecer que les destruyó, como adelante se dirá.

Resuelto pues Alvaro Flores, con este parecer, en salir del puerto para España con sus naos y plata, que pasaba de doce millones, y determinado que luego fuese tras él en otra escuadra el General de Nueva España, con el resto de la flota, porque esto se decía que era orden del Rey, viernes en la noche, primero de Septiembre,

hizo disparar una pieza para que la gente se recogiese á las naos, y luego el sábado de madrugada otra para levar las anclas y hacerse á la vela, con que los mas se entraron en las naos llevando consigo su ropa y matalotage, con mucha prisa y no pequeña. . . . Mas Alvaro Flores ni sus naos no se hicieron á la vela, ni salieron del puerto, sin saber cual fuese la causa, mas de que quiso aguardar á la conjuncion, que. . . . se tornó la gente á quietar, aunque desde entónces estuvo mas. . . .

*De como se quedó en la Habana uno de los frailes de México, que enviaban á España, y de otros muchos que venian en aquella flota, y del mal término que tuvo el guardian con el padre Ponce.*

Aquel mesmo sábado por la mañana, dos de Septiembre, cuando Alvaro Flores disparó la pieza para hacerse á la vela, como queda dicho, entendiendo que iba de veras y que luego habia de salir tras él el General de Nueva España, se embarcaron, de los seis frailes de México que enviaba á España el padre Comisario, solos los cinco con su hato y matalotage, quedándose el uno, que fué fray Rodrigo de los Olivos, á título de estar enfermo, sacando firmas de unos zurujanos que le curaban, en que afirmaban que le haria notable daño si se embarcase con la enfermedad que decian tenia; aunque no faltó quien sospechase y aun dijese ser todo aquello fingido, mas como no habia allí quien lo examinase, ni

examinado lo remediase, porque fray Pedro de San Sebastian, su comisario, era tambien su amigo y consorte en la rebelion y resistencia que se habia hecho al padre Ponce, y el guardian de aquel convento, que á no ser el que era le podia forzar á embarcarse, favorecia asimesmo sus cosas, él se quedó en la Habana muy seguro, al parecer, con aquel testimonio de los zurujanos; pero algunos frailes sentian otra cosa, y decian que su quedada habia de ser peor para él y para sus negocios, porque en sabiendo della el nuevo Comisario, habia de enviar quien por fuerza le embarcase y trujese á España.

Demas destos cinco frailes venian tambien en aquella flota otros dos, que, como dicho es, enviaba el padre Comisario con sus procesos y causas, y uno dellos era hijo de la mesma provincia de México. Tambien venian otros tres de Nueva España, de lo de México, y otro de Honduras, y dos de Tierra firme, y ocho descalzos portugueses, que yendo al Brasil arribaron á aquel puerto y se volvian á Portugal; todos estos eran de nuestra orden. De los benitos asimesmo venian diez ó doce, portugueses tambien, que iban al Brasil como los otros y arribaron allí con ellos. Venian asimesmo algunos dominicos, y otros augustinos, y otros mas mercenarios, y cuatro de la compañía del nombre de Jesus, y un descalzo carmelita de los de México, y algunos clérigos asi de México como de Tierra firme; pero muchos ó los mas destos no se embarcaron aquel dia, porque luego echaron de ver que no saldria en él la flota. Tampoco se embarcó el padre Ponce, aunque envió su hato al navio, pero salió á la villa á informarse de la verdad y despedirse de algunas personas graves, avisando de camino al guardian á lo que salia, y que no se despedia